

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8458

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECISION DE SUSCRIPCIONES.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES.—El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loreite, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. (66.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 18 de Enero de 1890

ECOS DE MADRID.

17 de Enero de 1890.

No es necesario describir la ansiedad que todas las clases sociales de Madrid, desde las más elevadas hasta las más humildes, han experimentado durante los cuatro ó cinco días que ha estado en inminente peligro la vida del augusto niño que ocupa el trono. Los periódicos diarios han reflejado esta emoción y la han transmitido á toda España.

Los españoles somos todo corazón, y el espectáculo de un niño enfermo y de una madre amantísima siguiendo ante la cama al curso de la enfermedad, es muy bastante para despertar esa simpática conmiseración que es la más bella aureola á que puede aspirar la virtud.

Por eso Madrid primero y el resto de España después han tenido fijos los ojos en el Real Palacio, donde en una sencilla estancia la Reina Regente, olvidando más que nunca sus grandezas se nos aparece convertida en el modelo de las madres.

Tanto respeto y tanta simpatía ha alcanzado la efiección que embargaba á la egregia señora, que hemos podido ver reproducida en los periódicos y merecería ser eternizada en caracteres de diamantes una noble y hermosa frase pronunciada por un republicano.

—Qué piensan ustedes hacer preguntaron al Sr. Padregal.

—Lo que hacen las personas de buenos sentimientos, contestó: respetar el dolor de una madre!

¿Qué días hemos pasado! Pero por fortuna las negras nubes que se amontonaron de pronto en el horizonte se van desvaneciendo y á la agitación y al temer suceden la calma y la esperanza.

El Rey mejor, la crisis política se resolverá en breve y la epidemia parece vanecida. La mortandad decrece, las invasiones son menos frecuentes, el tiempo es menos crudo. Ahí si no fuera por los dolorosos recuerdos que han quedado en muchos corazones. ¡Cuántas víctimas! Entre todas figuran dos que han sido admitidas al mismo tiempo que compadecidas. ¿Quién no ha consagrado una oración siquiera á el matrimonio, ¡oh! un día en el mismo tiempo en dos terrenos de la casa mortuoria para ir al Campo Santo á dormir el sueño eterno?

Eran franceses, jóvenes, se adoraban, disfrutaban de bienestar, desempeñaba un importante cargo en un Banco y poseían en San Juan de Luz una casita en la que pasaban el verano.

Todo les sonaba cuando el marido cayó atacado por la enfermedad que nos ha diezmado. El hijo pasó los días asidos y cariñosos cuidados y logró ver recuperarse la salud á su querido esposo. Pero al cuidarlo, como una de esas traicioneras plimónias que se ocultan bajo la forma de catarros y que solo se manifiestan cuando ya es tarde para combatirlas y vencerlas. Los esfuerzos del cariño y de la ciencia fueron

inútiles. Una mañana al amanecer espiró la infeliz y su desolado esposo después de cerrar sus ojos y de llorar amargamente, se dirigió á una habitación contigua, se disparó un revólver y quedó muerto.

Ya se que este atentado ni la desesperación la disculpa. Pero que, arrebatado de cariño representa este acto de locura Dios lo haya perdonado!

Desde hace una semana ha cambiado por completo el aspecto de Madrid. En el centro del día podemos hacernos la ilusión de que vivimos en Niza, en Valencia ó en alguna ciudad de Andalucía. Las calles céntricas y los paseos se llenan de gente hasta el punto de justificar la frase brutal que oí ayer en la Puerta del Sol á un guardia de orden público. Iba de prisa y la gente que lleu ba la acera no le dejaba andar con la rapidez que quería.

—¡Valiente epidemia! exclamó de pronto. Dicen que han muerto muchos! Mal dito si se conoce. Esto es un hormiguero!

Los que le oyeron le miraron con cierto asombro y de muchos labios estuvo á punto de salir el mismo apóstrofo.

Pero en fin, la verdad es que no se nota en calles y paseos la ausencia de los numerosos seres que nos han abandonado.

En los teatros y en los cafés hay todavía vida, pero de todos modos puede decirse que Madrid ha recobrado su aspecto habitual. Las niñas vuelven, los robos mermudean. Pasó el miedo y queda la cobardía.

Ya se celebran bailes de máscaras. ¡La juventud alegre no los perdona! Las clases de la Universidad y las de los Institutos se abrirán en breve, y es seguro que hoy día de San Antón, estará concurrendísima la calle de Hortaleza, donde pasean los paquidermos, y donde se venden los célebres panecillos del santo.

Como para celebrar esta reanimación ha aparecido en los escaparates de las librerías un precioso libro de Salvador Rueda titulado *Granada y Sevilla*. Las costumbres los cuadros, los tipos que ostentan estas dos ciudades de la hermosa Andalucía, están pintados en el libro con todo el color que solo sienten y producen los paisanos de Murillo.

Después de leerlo se sienten en el alma la esperanza y la alegría.

Al dar á luz su obra en estos momentos el autor recuerda á los convalecientes y á los afligidos.

Julio Nombela

CRIMEN HORRIBLE.

El hecho de que vamos á dar cuenta á nuestros lectores, no tiene precedente en los anales del crimen.

Margot de las Carreras que tiene una fortuna de más de trescientos mil pesos, es dueño de grandes estancias en las que tiene empleadas decenas de cien familias de indigentes, en sus estancias italianas, en el Arroyo Mayor y Montevideo.

Vivia feliz Carreras, rodeado de su familia, cuando de repente una terrible enfermedad acometió á su tercer hijo, de nombre Ignacio;

el cual después de inútiles esfuerzos por parte de la ciencia, estaba en los bordes del sepulcro cuando á su padre se le ocurrió ir hasta los Sauces, pueblito inmediato, á consultar con el individuo Fermín Gómez de nacionalidad argentina.

Gómez es uno de esos seres inhumanos que pululan haciendo de médicos, á quien el vulgo llama curanderos, y que viven con holgura á costa de la salud y de la vida de sus semejantes.

Carreras explicó á Gómez la enfermedad de su hijo y comprendiendo aquel, que se le presentaba un buen negocio, con la gran fortuna de su nuevo cliente, le pidió 500 pesos por el remedio.

El afligido padre entregó la suma pedida y Gómez después de contar el dinero, le dijo con la mayor sangre fría:

—Mire, amigo, para salvar á su hijo no tiene más que pedirle la «transmisión de las grasas» (1). Esta operación es un poco arriesgada, tiene una base inhumana pero es perfectamente científica, aunque pocas veces es usada por los escrupulos que provoca y le mismo porque la enfermedad de su hijo no es tan común que digamos... ¡Buah!—ahora si quiere usted contar vivo á su hijo déle unas fricciones por todo el cuerpo con «grasa humana»... no se asuste, mi amigo, dése cuenta de que es preciso salvar á su hijo... y para salvarlo vea si encuentra una criatura varón ó hembra, hasta de ocho años de edad, más ó menos y después le saca la grasa. ¿qué, no quiere?

¿Pues no comprende que es el único medio de salvar á su hijo? Usted cree que eso es una mala acción. ¡Bah! riase usted de todo... que ya encontrará usted quien le venda un hijo para hacer esta operación. ¿Acaso los inmigrantes no consideran á los hijos como fardos pesados?—Bu que uno y lo encontrará.

Medio aterrado después de esta relación, hecha con tanto aplomo por Gómez, el desventurado padre volvió á montar en su caballo regresando á Arroyo Mayor.

Encontró á su hijo casi moribundo. La esposa desesperada le pedía por Dios que salvara al niño.

La figura diabólica de Gomez se presentó á Carreras y las palabras del condenado zumbaban en los oídos de aquel padre, mezcladas con el llanto y los gritos de su esposa.

Alucinado por la posibilidad del éxito del remedio, creyó un momento deber aplicarlo; pero ¿cómo? se preguntaba.

Era padre cariñoso y no creía que hubiese quien vendiera un hijo para ser muerto...

Carreras desapareció de su casa, loco, luchando contra su conciencia que le gritaba: ¡detente! Carreras salvó á galope la distancia que media entre su casa y los campos y ranchos donde viven los colonos.

Dos ó tres veces rodeó aquellas habitaciones y en más de una ocasión pensó volver sobre sus pasos.

Era tarde... Encontró á la mujer Ana Lavegas, que llevaba una niña como de ocho años en brazos.

Ana venía gritándole porque no podía con su peso y la niña no quería caminar, estaba tan cansada!

La pobrecita tenía que ayudar á su infeliz madre en las duras faenas del campo y cuando se distraía ó pretendía descansar, se veía acometida por la autora de sus días que le daba de golpes á punto de dejarla muchas veces sin sentido!

Carreras tenía antecedentes sobre el mal trato que daba Ana á su hija y le cruzó por la

mente el remedio del curandero. Salíó al encuentro de aquella mujer fiera y le pidió su hija.

La madre se resistió al principio, pretextando que la necesitaba, pero como Carreras le ofreció doscientos francos y el pasaje hasta Montevideo, la italiana no vaciló. Entregó la hija y se internó en el bosque para evitar que los compañeros preguntaran por ella.

Carreras agarró á la muchacha y la montó en el caballo, partiendo al galope con rumbo hacia la casa. La niña se dejó llevar creyendo la inocente que su Angel de la Guarda se había acordado, al fin, de ella.

La distancia era grande y la noche se tenía encima.

Carreras desvió el caballo, del camino de la casa y á la orilla del pozo se apeó, bajando consigo á la niña.

Vaciló unos instantes, pero tomando una rápida determinación sacó el puñal del cinto y antes que la inocente criatura pudiera darse cuenta del atentado de que iba á ser víctima, la degolló bárbaramente, separando la cabeza del tronco.

Carreras agarró por los pelos aquella hermosa cabecita y la arrojó al pozo. Flotó unos minutos y después desapareció de la superficie...

La pluma se resistió á proseguir. Indigna y repugna aquel hombre desmenuzando aquel cuerpecito, como si estuviera carneando un novato!

Cuando dos horas después se presentó á su casa con la grasa humana para salvar á su hijo, éste había muerto ya!

Vaciló un momento y después cayó sobre una silla prorumpiendo en gritos de garradores.

El mismo ha narrado esta historia y su exaltación es tan grande, que se teme le sobrevenga una conmoción cerebral.

Ana Lavegas, ha sido presa en el monte, y la policía de aquella localidad, tuvo que hacer grandes esfuerzos para salvarla del furor de las colonas, que querían lincharla á pedradas.

Carreras está preso. El curandero Gómez huyó enseguida de Sauces y se cree se halla escondido en Corrientes.

Varietades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

PLANO.

Charada

... llama segunda está clara pero llama, y esto es raro primera todo dos tres.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

HISTORIA DEL SOMBRERO

Es indudable que desde el momento mismo en que el hombre comenzó á darse cuenta de sus necesidades y de las causas naturales que influían sobre su organismo, uno de sus primeros cuidados fué defender su cabeza contra los rigores del sol y de la lluvia.

Bien conocía la importancia del órgano y lo delicado del mismo.

Los pueblos de Oriente, desde la más remotidad y atentos siempre á que esta predominase en sus hábitos y usos, idearon el turbante, el